

DOMINGOS DE GEDEÓN

Qué es eso, Gedeón? ¿Qué te ha ocurrido para estar tan contento...?

—“...y efectivamente, soy así...”
¿No me ves arrojado al vertigo del vals? ¿No me ves atarrear sus alegres notas?

—Por eso mismo te pregunto la causa de tu regocijo.

—Ya puedes suponértela.

—¿Es que quieres ponerle á tono, cultivando también el vals imperante...? Eso es lo que se lleva...! La nueva invasión austriaca nos ha traído este nuevo regocijo público y privado que nos recuerda otros tiempos y otras costumbres.

—Puesto que mi vals era el del Caballero de Gracia, tu comentario cae por su base, como dicen prosaicamente algunos oradores floridos.

—Ah, vamos, sí; quieres ratificar tus antiguas opiniones musicales... ¡Aqui también tenemos vals populares, y no es justo olvidarlos cuando triunfan los ajenos!

—No divagues, Calínez, no divagues... No busques en un acto sencillo y natural la demostración de una protesta que no viene al caso. Yo cantaba y bailaba el vals del Caballero de Gracia para festejar á mi manera el comienzo de la Gran Vía. Ni más ni menos.

—Me parece muy bien, y en el festejo te acompaño. Soy madrileño, como tú, y aunque no he tenido el honor de representar en Cortes á mi pueblo le amo de verdad y por su engrandecimiento me preocupo.

—Tus palabras aumentan mi regocijo. Y te agradezco el piporo que dedicas indirectamente á los que representaron alguna vez á Madrid en el Parlamento. Yo soy uno de los pocos que lo merecen, pues ya sabes que en general ellos han sido siempre los que menos hicieron por la grandeza y felicidad de nuestra amada tierra.

—Es cierto. Pero justo es confesar que los madrileños estuvieron también á su misma altura...

—¿Qué sé yo que te diga...! Ese es otro de los lugares comunes que se vienen cultivando ahora. Como el de la aridez de Castilla, el de la tristeza andaluza y demás observaciones que lanzan con toda tranquilidad los pseudo-filósofos avinagrados que nunca estuvieron ni en Andalucía ni en la consabida “meseta”

—Sin embargo, hay algo de verdad en el poco interés que los madrileños ponen en sus propia cosas.

—Algo, pero no mucho... Y ese algo, muy justificado, como yo demostraría en lugar oportuno...

—Nos falta cierto espíritu urbano...

—Eh, eh, Calínez, no digas tonterías! En las repitas, para hablar con más propiedad. Eso son cosas de nuestros presuntuosos enemigos, que envidian una de nuestras principales ventajas; la que á nosotros menos nos importa, precisamente, ¡Espíritu urbano! Y urbanidad también nos sobra, lo que á muchos les falta!

—En eso estoy conforme contigo.

—Y una virtud especial, que yo de-



searé que nunca desaparezca... Con más desabrimiento que el padre Cejador á los sevillanos nos han juzgado algunas veces otros padres, y algunos hijos, y no pocos tíos. ¡Nunca hemos protestado!

—Bueno; de todos modos, preciso es confesar que ahora parece que tenemos más afición que antes á nuestros asuntos... Buena prueba de ello es el entusiasmo que ha producido el comienzo de la Gran Vía.

—No hablemos más de eso, porque yo ahora podría esgrimir, como argumento en contra, el caso de los vecinos que no querían desalojar sus viviendas... El hecho es que tú, y yo, y todos los madrileños de nacimiento ó de adopción, estamos contentísimos con esa reforma. Y, para hacerla mayor, se une á nuestra alegría local la que como españoles nos produce el ver que se cumple un programa.

—Sí, sí... ¡Mira que hemos esperado tiempo! ¡Cuántas veces se nos dijo que era cosa resuelta! ¡Cuántos ciudadanos entusiastas tenían ya vencidas todas las dificultades!

—Eso sobre todo... Tanto que la lista de los precursores forma una cola respetable.

—En fin, ¡Ahora va de veras!

—Así parece. Te confieso que cuando sonó el primer golpe de la piqueta sentí verdadera emoción.

—Yo también.

—A pesar de ella, me quedó tiempo para hacer una observación que creo bastante acertada.

—¿Sois terribles los observadores...! ¿Quieres decírmela?

—La piqueta es una preciosa joya, como es de rigor, tiene una inscripción donde se dice que empezaron las obras el día 31 de Marzo de 1910.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Ah!, ¿pero no te has fijado?

—No.

—Pues... ¡que las obras han empezado el 4 de Abril!

—Hombre, ¡vaya una observación más insignificante! La inauguración estaba anunciada efectivamente para el 31 de Marzo, y tú sabes que no se pudo celebrar hasta el 4 de Abril.

—Sí que lo sé, y no trato de lanzar por ello ni la más leve sospecha de una censura. Pero el detalle me ha parecido muy simbólico... ¡Es la verdad oficial, que nunca está de acuerdo con la verdad natural!

—¡Atiza! ¡Qué manera de alambicar las cosas, Gedeón!

—Como quieras.

—Y qué me dices del discurso pronunciado por Canalejas en el solemne acto?

—Que fué breve y que me hizo sonreír un momento.

—Ya sé cuando: al decir “este Gobierno quiere ser parco en obras y pródigo en palabras”.

—¡Al revés, Calínez, al revés!

—Es verdad... ¡Me había distraído. “pródigo en palabras y parco en obras”!

—¡Pero en qué estás pensando!

—Otra vez lo has dicho mal! “Parco en palabras y pródigo en obras”; eso fué lo que dije, más ó menos, y entonces yo me sonreí, precisamente.

—Tu sonrisa vale tanto como mi equivocación.

—No faltará quien vea algo también anoyecha!le como símbolo en esa ceremonia. Y no me refiero al discurso del jefe del Gobierno.

—Claro que no; la piqueta ha sido siempre muy simbólica.

—Y tratándose de un hombre como Canalejas mucho más... Es radical, ha venido á cumplir un programa antiguo cuya substancia ofrece un constante anhelo reformista.

—Cierto. Y para los que apuren las comparaciones también puede resultar muy significativo eso de que en tiempos de D. Pepe se dé principio á una reforma urbana derribando la casa de un párroco.

—Ya lo creo. Y eso que ya en este terreno podíamos decir que se salía de sus palabras clásicas.

—No sé á cuáles te referes.

—Sí, hombre, sí; á aquellas de “sacerdote tú me bendices, yo te saludo... ¡estamos en paz!”

—¡Ah, ya!

—Ahora habría que cambiarlas de este modo: “sacerdote, tú me bendices, yo te derribo la casa... ¡estamos en paz.”

—Alrededor de eso ya se han hecho ahora mismo algunos chistes.

—Sí; los conozco. El de la primera teja ha circulado bastante.

—A propósito de tejas; qué bonito resultó el momento en que empezaron á quitarlas! Aquellos obreros que salieron, como por escotillon, sobre el tejado, los vivos, la música...

—Fué un efecto verdaderamente teatral...

—¿Y no tendrá también aplicación ese rectuerdo para D. Pepe? Ya que